



Cuando a las dos de la tarde del viernes el presidente Suárez comenzó a hablar en el Senado, ya se habían escuchado muchas cosas. El senador almeriense Navarro Esteván consideraba la vaguedad mesopotámica de cierta expresión; Josep Benet (Entesa dels Catalans) pedía unas explicaciones a Suárez que Suárez no le iba a dar; Arespacochaga, alcalde designado y senador designado, nos designaba otra nueva revolución pendiente; Satrústegui, senador por Madrid, hablaba del complejo de inferioridad del Senado y de la conveniencia de no renunciar al uso de la inteligencia...

DE todo lo dicho, lo más grave, sin duda, fue lo de Satrústegui. En esta sufrida piel de toro, banderilleada con triste frecuencia por una Historia inclemente, el uso de la inteligencia entraña muy serios peligros. Incluso cuando ese uso se hace de una manera inteligente.

La utilidad del Senado

Un ejemplo lo tenemos en el Senado. La Cámara Alta dedicó dos sesiones a ratificar la Ley de Relaciones Gobierno-Parlamento, aprobar créditos, vitorrear el "pacto de la Moncloa" y sacar adelante con mucho tra-

bajo la Ley de Reforma Fiscal.

Pero el problema de fondo era otro. La Cámara, de manera polifónica, pasó dos días preguntándose por el sentido de su vida, por la utilidad de su función. A esto le llamo yo una forma poco inteligente de usar de la inteligencia. Porque si el Senado no sirviera para nada, tiene una larga vida por delante. Sencillamente por pura solidaridad ambiental. Imagínense por un momento España convertida en desierto. Si suprimiéramos de ella todo lo inútil, aquí sólo quedaban las quinielas y el bicarbonato.

Además, es mentira que no sirva para nada. Para el profesor y senador zaragozano don

Apuntes parlamentarios

LA CAMARA DE LOS ECOS

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

Lorenzo Martín-Retortillo, "la función de las Cámaras es tranquilizar al país". Es decir, que este Senado (ahormado ahora en su antigua sede de la plaza de la Marina Española) sería como un sedante mastodónico (o mesopotámico, que diría el señor Navarro Esteván). Y ciertamente cumple a las mil maravillas esta función de adormidera —si no a nivel nacional, sí a escala individual— cuando el señor López Henares, ucedista por Palencia, tras la lectura del acta por un secretario, la vuelve a contar entera.

La cartera de Martín Villa

Los ministros se sientan en un largo banco azul que flanquea un lateral del pasillo central. A las siete y cuarto de la tarde del jueves, primera sesión, estaba vacío. Las jerarquías habían huido, no tanto por lo agudo de las agresiones como por lo plano de las digresiones. Hasta Martín Villa, que suele aprovechar esas sesiones para la lectura de recortes de prensa, se fue tras dejar una

cartera para guardar el sitio.

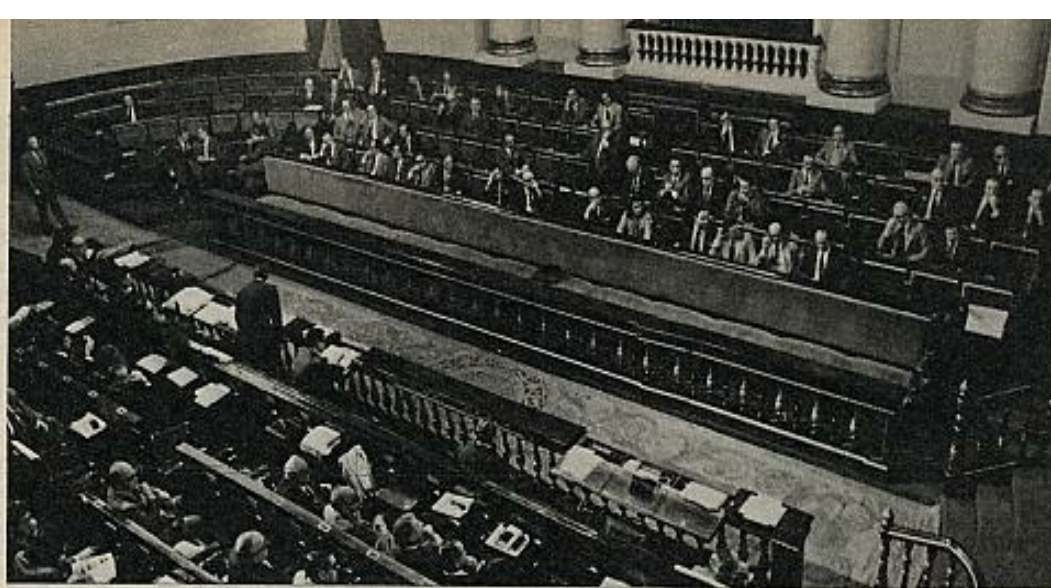
A esa hora salió a hablar Villar Arregui. Porque Villar Arregui habla y no lee. Y como la nave del Estado quedó hundida en una sesión anterior (ver *El poder del Senado*, número 770), habló ahora de estructuralismo. Y habló bien, con un discurso en defensa de la función del Senado, que no es Cámara de corrección de estilo, aunque el propio Villar lamentara "la ausencia de los ilustres senadores regios miembros de la Real Academia Española" como auxiliares para un análisis semántico.

El señor Villar anda justamente preocupado por la función del Senado en particular y del Parlamento en general. También por los partidos políticos. Considera que apenas influyen en la marcha del país, acaso porque se mira en el espejo del que preside, un tanto mermado últimamente.

Dicen que en una audiencia presidencial le soltó a Suárez una frase más o menos así: "Con este Decreto de Unificación que el señor presidente ha hecho en el pacto de la Mon-



El grupo parlamentario Agrupación Independiente, formado por trece senadores de designación real (Azcárate, Gloria Bego, Jaime Carvajal, Cela, Fuentes Quintana, García Sabel, Antonio González, Marías, Ollero, Ortega Spottorno, Alquer, Sampedro y De la Serna). En primer término, Cela y De la Serna.



El banco azul de los ministros, vacío, con la cartera de Martín Villa. Detrás pueden verse los claros de los senadores ucedistas y el palco vacío donde estarían luego los diputados Arias Salgado, Calvo Sotelo, Múgica, Peces Barba y Felipe González. Al otro lado del pasillo se sientan los senadores socialistas.

cloa...". Y que Suárez le contestó: "En esta unificación, Izquierda Democrática es libre de participar o no".

Suárez en la Historia

La mañana del viernes era sesión de gala. La inició Fuentes para explicar el "pacto de la Moncloa", versión económica, y la siguió Landelino Lavilla para dar la versión política. Claro que más que eso pareció dar la visión del ensayo general con casi todo de un probable presidente del Gobierno.

Como para animar a Suárez ante la idea de que algún día haya de dejarle el puesto, este cartesiano miembro de los "tácticos" (que con ayuda de Herro de Miñón ha dado forma jurídica a la transición) justificó con ejemplos históricos el "pacto de la Moncloa". Era como decirle a Suárez que ya está en la Historia y que ya puede dejar la política. El Pacto de Ostende, el Pacto del Pardo y el Pacto de San Sebastián abrieron camino a la Revolución de Septiembre, al turno canovista y la República del 31. Este "pacto de la Moncloa" va a "cristalizar un consenso positivo con proyección de futuro".

Después de ver la seguridad con que habla, es difícil no pensar que el señor Lavilla piense que esa proyección de futuro y su propia proyección en un futuro puedan ser una misma cosa.

Mientras llega el futuro

Entre tanto llegamos ahí, el senador más votado de España,

Josep Benet, llamó la atención del Gobierno sobre los peligros que acechan en este interminable período de transición. Porque aquí ni Marco acaba de encontrar a su madre ni el país encuentra su Constitución.

Así que Benet se puso a pensar (nacido en Cervera, tiene esa "funesta manía") y acaso recordando sus años de escuela en Montserrat cantó las cuarenta al señor Suárez. Hay "peligrosa sensación de frustración en algunos pueblos", "hay deterioro de la vida municipal", "hay mociones de censura para el Gobierno, pero los Ayuntamientos nombrados por el régimen anterior siguen como si nada hubiese ocurrido...".

Recordó Benet en el Senado una frase de Raventós en el Congreso. Raventós, a su vez, recordó una frase de su abuelo y dijo: "O la democracia acaba con la crisis económica o la crisis económica acaba con la democracia". La frase de su abuelo (Jaume Carner, ministro de Hacienda en la Segunda República) fue así: "O la República le somete a él o él somete a la República". Puede verse en el "Diario de Sesiones" del 14 de junio de 1932. El era don Juan March. La Historia y la vida nos dicen quién sometió a quién.

El aterrizaje de Tamames

Si Ramón Tamames, en lugar de economista, hubiera sido bailarina, sería primera "vedette". Tiene tal sentido del protagonismo que no es necesario pasar por la penitencia de leer su novela "Elio" para comprobarlo.

El otro día llegó al Senado, escoltado por Sánchez Montero y Manuel Azcárate, para plantear a Suárez el problema de los aeropuertos. Y Tamames, que iba en busca de un presidente, acabó sacando fuera de la sala de sesiones a dos: el que era y el que no era. Al parecer, dijeron, avisaron al presidente que no era de que estaba allí Tamames con Azcárate. Pero era el Azcárate que no era; es



Viller Arregui hizo un buen discurso en defensa del Senado. Al fondo, las señoras de la limpieza, que siguieron con gran interés los debates.

decir, don Manuel y no don Justino, que además de republicano antiguo es senador real y tío de su sobrino, frustrado diputado comunista por León.

De alguna manera entró así el comunismo en el Senado, porque su único representante (Wenceslao Roces) no está ya para los dinamismos de ejecutivo que imprime Tamames.

Donde ahora está el Senado estuvo antes el Consejo Nacional del Movimiento y también el Instituto de Estudios Políticos. De aquí fue becario Tamames y aquí lo tiró del caballo el rayo de Marx en su camino de Damasco. Al parecer, don Jesús Fueyo explicaba un cursillo sobre la planificación soviética y la punta de tal manera que Tamames pensó que si a pesar de ello el comunismo había sobrevivido es que tenía que ser la verdad. Y se convirtió. También se hizo economista. Porque si para ser buen economista no se ha de ser necesariamente comunista, sí es conveniente ser economista para ser buen comunista, piensa él.

Un presidente cansado

El presidente cansado es Suárez y no Fontán (Fontán cansa, que no es lo mismo). Los viajes y los discursos que no hizo y echó durante la campaña electoral los está soltando ahora. Si en lugar de dos Cámaras hubiese tres (como pedía, según creo, el profesor Tierno) el presidente no duraba seis meses.

Daría igual. Pues presenta el "pacto" de tal forma que parece que ya no es preciso casi ni Gobierno. Hay tal "convergencia nacional de voluntades", que de la idea de un Gobierno de concentración podríamos pasar a la de un Gobierno de disolución. O sea, un Gobierno sin Gobierno, porque seríamos a la vez gobernantes y gobernados. Es decir, que llegaríamos a esa utopía sin necesidad de pasar por la dictadura del proletariado, que es una cosa que había en el comunismo de antes de la guerra.

Cuando Suárez terminó, un secretario leyó los términos del acuerdo conjunto y, excepto cinco senadores (tres en contra y dos abstenciones), todos votaron a favor. El secretario leyó con voz altisonante y como fazañosa, de quien además de ser consciente del momento históri-

APUNTES PARLAMENTARIOS

co, está seguro de estar en casa propia.

Y así es. El Senado ha pasado de vivir realquilado en un salón del Congreso a tener un palacio. Entonces (con aspecto de convención de vendedores de gaseosa, según Cela) no parecía tener derecho ni a cocina o voz y voto. Ahora quiere reclamar ambos y los vientos de fronda se oyen cada vez más fuertes.

Por vía de apremio

En la tarde del viernes pasaba por el Senado la Ley para la Reforma Fiscal. A punto estuvo de quedarse. Los vientos de fronda empujaron a los senadores al bar de la segunda planta (aportación al parlamentarismo español de doña Belén Landaburu).

Los senadores eran de UCD, que es quien presentaba la Ley. Así estaban las cosas. Se precisaban dos tercios para ratificar la Ley y la Cámara se veía llena de calvas. Los ministros con derecho a voto (senadores reales) dejaron el Consejo de Ministros y acudieron al banco azul. Por fortuna para Fernández Ordóñez, los socialistas tienen más disciplina de voto y acudieron como un solo senador a votar



Final de la sesión del viernes por la mañana, tras la aprobación del "pacto de la Moncloa". El presidente, con el senador real Guillermo Luca de Tena. Detrás, Julián Marías y Landelino Lavilla, ministro de Justicia.

favorablemente. La Ley salió por quince votos. Un margen escaso, presentado y querido por la izquierda de la Cámara, que rompió en aplausos antes de que se dieran los resultados. La votación se hizo nominal, para que la coacción moral funcionara.

Aún así, hubo diez abstenciones entre los presentes. Entre ellas la de don Ramón Bajo Fando, senador vasco, que tuvo antes una intervención que parecía la "Sonata de otoño"... Quiso hacer "en esta especie de púlpito o altar" una "oración fúnebre", un "réquiem por el Senado". Y habló de "dócil asentimiento", de "ratificación afirmativa por vía de apremio". Habló también de "acaecer necrológicos". ¿Se refería además del Senado a la reforma fiscal?

Acaso más bien a lo que podría ocurrir con la publicación de las listas de contribuyentes. En una de las más originales aportaciones de la tarde, señaló que esas listas servirían como herramienta a los terroristas del País Vasco. Como se sabe, estos cobran un impuesto no previsto por el señor Fuentes Quintana: el impuesto revolucionario. La nómina fiscal de los millonarios les ahorraría el trabajo de tener sus propios inspectores hacendísticos.

Cierto aire jereñico tuvo también la intervención mañanera del leonés independiente Miguel Cordero del Castillo. Otra vez salió la heideggeriana pregunta del sentido senatorial. Así como la Gelsomina de La

strada felliniana se preguntaba para qué servía una piedra y daba con ello ocasión para que en los cineclubs españoles no se hablara de otra cosa en una temporada, don Miguel miraba el Senado como la calavera de Yorick y se decía Cámara colegislativa o poslegislativa, ésta es la cuestión...

Al final daba una solución machadiana. Es la Cámara de los Ecos. Como don Antonio,

este hombre bueno que es don Miguel ("soy, en el buen sentido de la palabra, bueno") se para a distinguir las voces de los ecos y escucha solamente entre las voces una. Así está el Senado, ligero de equipaje legislativo, casi desnudo, como los hijos de la mar. O por lo menos, como los hijos de la plaza de la Marina Española. ■ V. M. R. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

El Palacio del Senado

EL actual palacio del Senado fue primero un convento de agustinos calzados, fundado en 1590 por una dama de doña Ana, cuarta esposa de Felipe II.

En 1814, el día 2 de mayo, se reunieron allí por primera vez las Cortes. En 1834, con el Estatuto Real de Martínez de la Rosa, se crea el llamado Estamento de Próceres, que lo tendrá como sede. A partir de la Constitución de 1837, será Senado, y así seguirá con intermitencias hasta que, el 15 de septiembre de 1923, el dictador don Miguel Primo de Rivera lo disuelve por Decreto. No existe en la Segunda República, que tiene una sola Cámara, y en los años cuarenta aparece vestido de azul, bajo el nombre de Consejo Nacional del Movimiento.

Casi al mismo tiempo que el Consejo Nacional se alberga allí el Instituto de Estudios Políticos, que desarrollará una amplia labor editorial y tiene como presidentes sucesivos a García Valdecasas, Castiella, Javier Conde, Lamo de Espinosa, Fraga Iribarne, Legaz Lacambra y Fueyo Alvarez.

El edificio tiene una gran amplitud y está lleno de cuadros y objetos de arte. En el Salón de Conferencias figura una famosa obra de Francisco Pradilla ("La rendición de Granada"), otra de Moreno Carbonero ("La entrada de Roger de Flor en Constantinopla") y dos de Muñoz Degrain y Luna y Novicio ("La conversión de Recaredo" y "La batalla de Lepanto"). La biblioteca es muy curiosa. Está construida en hierro y en estilo gótico ojival. Rica en fondos, se encuentra en ella, por ejemplo, la colección de libros sobre la guerra de la Independencia, propiedad que fue del general Gómez de Arce y que el Senado adquirió en 1904. ■



José Benet, senador de Entesa dels Catalans, hizo a Suárez preguntas sin respuesta.